

misma, le parecía á Petrus que á veces la mirada de la joven se fijaba en él con una expresión que él interpretaba en favor de su amor. Pero al lado de esto brillaba tan solemne dignidad en las menores palabras de Regina, que las que el joven quería pronunciar morían en sus temblorosos labios antes de nacer; de modo que después de haber vagado con Regina por las llanuras del cielo, caía otra vez en tierra como un titán orgulloso herido por el rayo.

Pero lo que además del respeto que Regina le inspiraba aumentaba su timidez, era lo que rodeaba á la joven.

En primer lugar su padre, el mariscal de Lamothe-Houdon, viejo soldado del imperio, caballero de la antigua raza; pero vuelto desde 1815 á sus principios de realismo, y hecho mariscal á consecuencia de la campaña de España en 1823, habiendo conservado en medio de todo las tradiciones más bien tal vez del siglo xvii que del xviii; lleno á la vez de bondad, de orgullo y de ceño, sobre todo, respecto á los artistas.

De vez en cuando subía al salón que servía de taller, vigilando el retrato de su hija, y dando á Petrus exactamente los mismos consejos que hubiera dado á un albañil que reparase un ala de su palacio.

Además, aquella vieja impertinente que acompañaba á Regina el día que había venido á visitarle á su taller; aquella dama, tía de Regina, que tenía el título de marquesa de la Tournelle, estaba emparentada por su difunto marido con toda la nobleza santurrona de la época.

Desde el arzobispo hasta el último mayordomo de la parroquia, conocía á todos los hombres de iglesia; como desde el presidente de la Cámara de los Pares, hasta los ujieres de Mr. de Talleyrand, conocía á todos los hombres políticos.

Además, el conde Rappt, su protegido, miembro de la Cámara de los Diputados, jefe de una de las fracciones más poderosas de la derecha, antiguo ayudante de campo del mariscal; hombre de treinta y nueve á cuarenta años, frito, bravo, ambicioso, y que ocultaba bajo una máscara de hielo las ruinosas pasiones del juego bajo todas sus formas, lo mismo en la bolsa que sobre el tapete verde.

Durante aquellos quince días había venido tres veces, y aunque se había dignado conceder una particular atención al retrato de Regina, había desagradado soberanamente á Petrus.

La única persona cuya presencia le era agradable, era Mad. Lidia de Marande, amiga de colegio de Regina, y mujer hacía ya dos años de uno de los más ricos y más populares banqueros de la época, miembro de la Cámara de los Diputados, donde hacía una oposición obstinada al partido ultrarrealista.

Había también en la casa una persona, de la que había oído Petrus hablar con frecuencia á Regina y á Abeja: era la mariscal de Lamothe-Houdon, mujer del mariscal, y madre de las dos niñas; era de origen ruso, é hija de príncipe. De allí venía el título de princesa que con frecuencia y por cortesía se daba á Regina.

Todos estos distintos personajes los volveremos á encontrar á medida que tengamos necesidad de ellos para el desarrollo de nuestra acción.

Abandonémoslos pues por un instante para dirigir una mirada á un pariente de Petrus, llamado por su parte á tomar alguna importancia en el curso de nuestro relato.

En una casa de la calle de Varennes, calle triste y aristocrática si las había, vivía el general conde Herbel de Courtenay, tío de Petrus, y hermano mayor de su padre.

El conde Herbel, nacido en Saint-Malo, había venido en 1789 á ofrecer á Luis XVI su adhesión activa y el concurso de muchos de sus compatriotas oficiales como él de ingenieros ó de marina. Dos años después, habiendo decretado la Asamblea la supresión de las funciones reales, y habiendo pedido á las tropas un juramento en que no había de pronunciarse el nombre del rey, considerando muchos oficiales esta medida como contraria á su lealtad, llevaron regimientos enteros y emigraron con armas y bagajes á Coblenz, donde el príncipe de Condé, jefe de la emigración armada, había establecido su cuartel general.

El conde Herbel no había seguido aquel camino: había atravesado el Atlántico como Chateaubriand, y estaba en Nueva Orleans cuando supo la toma de las Tullerías, y la prisión del rey.

Parecióle entonces que la voz de la monarquía moribunda le gritaba, que el puesto de un caballero no estaba en aquellos momentos en América, sino á las orillas del Rin. Partió pues en el primer buque que se hizo á la vela para Inglaterra, desembarcó en Holanda, y de allí pasó á Coblenz.

Allí se encontraba el núcleo del ejército realista, formado por los guardias de corps, que licenciados después del 5 y el 6 de Octubre, no habían quedado en Francia; ejército que se completó incorporándose á él los emigrados que venían de todos los puntos de Francia.

Restablecióse (y no fué uno de los menores reproches que se hizo á los emigrados) restablecióse, decimos, la antigua casa del rey, bajo el pie que estaba en tiempo de Luis XV. Viéronse entonces reaparecer las compañías de mosqueteros, de caballería ligera, de gendarmes de la

guardia, y en fin, de guardias francesas bajo el nombre de *Soldados de á pie*.

El vizconde Mirabeau, aquel que hemos visto emigrar en 1789, y que se llamaba Mirabeau Tonneau, levantó una legión, de la que formó parte el regimiento de Berwick irlandés, soldados cuyos padres se habían desterrado ya antes que abandonar á Jacobo Estuardo, su legítimo rey.

Por su parte, el conde de La Chatre, habiendo obtenido de la archiduquesa Cristina permiso para establecer en la ciudad de Ath un acantonamiento de caballeros, vinieron á colocarse bajo sus órdenes mil oficiales de todas armas.

En fin, se levantaron cuerpos bajo el nombre de cada provincia, y se formó el bando de la nobleza.

Digamos de paso, que esta nobleza, que desde el punto de vista individual, y por consiguiente egoísta, podía excusársela de servir contra su país, ostentaba un lujo que no contribuyó poco á hacer que naciese la indiferencia y el descrédito en que había caído para con los príncipes de las orillas del Rin y los soberanos extranjeros; ni el lujo ni la molición convienen á los proscritos, y la ciudad que les da asilo, debe parecerse á un campo de batalla, donde vigilan soldados, más bien que á un retrete donde duermen, juegan ó bromean cortesanos.

El conde de Herbel, nacido á orillas del Océano, sobre las ásperas breñas de Saint-Malo, estaba habituado, desde la infancia, á los sombríos espectáculos del mar, y aquella vida afeminada, que pasaba en Coblenz, le inspiraba un profundo disgusto.

Aguardaba pues con impaciencia la ocasión de combatir, y después de haber arrastrado, según los caprichos de los gabinetes de Prusia y Austria, esa vida extraña de la emi-

gración de unos campos de batalla á otros en compañía de los duques de Vauguyon, Crusol y la Tremouille, de los marqueses de Duras y del conde de Bouillé, que, como él, formaban parte del estado mayor del príncipe de Condé, fué hecho prisionero el 19 de Julio de 1793, el día que el mariscal de campo, vizconde de Salgues, tomó á la bayoneta el reducto de Belheim.

Herido gravemente, y próximo á ser atravesado por el sable de un caballero republicano, éste le gritó que pidiese cuartel.

— Nosotros lo concedemos siempre, respondió el conde Herbel; pero nunca lo pedimos.

— Eres digno de ser republicano, exclamó el caballero.

— Sí, pero por desgracia no lo soy.

— ¿Sabes la suerte reservada á los emigrados cogidos con las armas en la mano?

— Fusilados en el mismo instante.

— Justamente.

El conde Herbel se encogió de hombros.

— Pues bien, imbécil, dijo, inútil es decirme que pida cuartel.

Miróle el soldado republicano con cierto asombro, aun cuando los soldados republicanos no se asombraban fácilmente.

En aquel momento llegaron otros tres caballeros prisioneros como el conde de Herbel; estaban atados y agarrados en una carreta.

Los que los conducían deliberaron un instante con el que había cogido al conde de Herbel: se hizo en seguida montar á éste con sus compañeros, y emprendieron el camino de un bosquecillo cercano á la ciudad; era evidente que era para fusilarlos.

Al llegar al bosque, y en el momento que acababan de hacer bajar á los prisioneros, el republicano, que había prendido al conde de Herbel, se acercó á él y le dijo:

— Eres bretón.

— Y tú también, respondió el conde.

— Si lo has notado, ¿por qué no lo has dicho antes?

— ¿No has oído que nunca pedimos cuartel? decirte que era tu compatriota, era pedirtelo.

Volvióse el caballero hacia sus camaradas.

— Es un paisano, dijo.

— ¿Y qué? preguntaron sus camaradas.

— ¿Y qué? dijo el caballero, que nunca se dirá que he fusilado un paisano.

Eso es todo.

— Pues bien, no fusiles á tu paisano.

— Gracias, compañeros.

Después, volviéndose hacia el conde Herbel, le quitó las cuerdas que le ataban las manos.

— ¡Pardiez! dijo el conde de Herbel, me haces un gran servicio, me moria de deseo de tomar un polvo.

Y sacando del bolsillo una tabaquera de oro, saboreó, después de haber ofrecido al republicano, que rehusó, un buen polvo de tabaco de España.

Los republicanos miraban, riéndose, á aquel hombre que en el momento en que creía que iba á ser fusilado, saboreaba con tanta pachorra el placer de tomar un polvo.

— Ea, paisano, dijo el caballero, ahora que has tomado tu polvo, sálvate.

— ¡Cómo que me salve!

— Si; en nombre de la república, te perdono como á un valiente.

— ¿Y se perdona también á mis compañeros? preguntó el conde.

— ¡Oh! eso no, dijo el caballero; pagarán por tí.

— Entonces, dijo el oficial bretón, volviendo á meter su caja en el bolsillo, me quedo.

— ¡Cómo! ¿Te quedas?

— Sí.

— ¿Para ser fusilado?

— Sin duda.

— ¡Ah! ¡ah! ¡estás loco!

— No; pero soy bretón, y no cometo una cobardía.

— Vamos, sálvate; dentro de diez minutos será demasiado tarde.

— He emigrado con ellos, respondió el conde de Herbel, metiendo las manos en los bolsillos; he combatido con ellos, he sido hecho prisionero con ellos. Me salvaré pues con ellos, ó moriré con ellos. ¿Está claro?

— Pues bien, eres un paisano bravo, dijo el caballero republicano, y por tu causa y por amor mio, mis camaradas van á soltaros á todos.

— Sí, pero que griten viva la república, dijo uno de los caballeros.

— ¡Oís, camaradas? dijo el conde Herbel, esos bravos dicen, que si queréis gritar viva la república, nos perdonan á todos.

— ¡Viva el rey! gritaron los tres caballeros meneando la cabeza para hacer que cayese su sombrero, á fin de dar el grito con la cabeza descubierta.

— ¡Viva la Francia! se apresuró á gritar el bretón con su voz más fuerte, á fin de dominar las voces de los otros.

— ¡Oh! eso, todo lo que queráis, dijeron los cuatro caballeros.

— Y todos cuatro á una gritaron:

¡Viva la Francia!

— Vamos, dijo el compatriota del conde desatándoles á todos; salvaos desde el primero hasta el último, y no se hable más.

Y volviendo á montar sobre sus caballos, se alejó al galope la pequeña tropa republicana, gritando á los realistas:

— Buena suerte, y acordaos de lo que acabamos de hacer por vosotros en esta ocasión.

— Señores, dijo el conde Herbel, tienen razón en gritarnos que no olvidemos lo que acaban de hacer, porque no sé si en su lugar nos hubiéramos conducido tan noblemente como esos bravos descamisados.

El 15 de Octubre del mismo año, después de la toma de Lauterbourg y de Weissembourg, donde á la cabeza de su batallón, el conde Herbel había tomado sucesivamente tres reductos, doce cañones y cinco estandartes; el general conde de Wurmser, general en jefe del ejército austriaco, vino á felicitarle; y el príncipe de Condé, abrazándole delante de sus compañeros de armas, le regaló su propia espada.

Pero así como morir por la monarquía le parecía un noble deber al hidalgo bretón, así la guerra civil que se veía obligado á hacer con los ejércitos enemigos, repugnaba á su conciencia.

Por otra parte, ¿dónde iban remolcados en pos de aquellos soldados extranjeros, cuyo espíritu de invasión y de conquista se revelaba en todos sus actos? No iban equivocados, y el príncipe de Condé, que intentaba con su sangre y la de sus compañeros un esfuerzo desesperado, ¿no era juguete de la política de los soberanos aliados?

En efecto, los habitantes de las fronteras francesas que comenzaban á sospechar de la adhesión de la Prusia y del Austria á la monarquía francesa, ya no se levantaban al llamamiento de los ejércitos realistas: reconocíase á los conquistadores, en los que se había creído encontrar libertadores, y se comenzaba á cubrir el rostro al ver los uniformes extranjeros.

La experiencia que viene á ilustrar á los príncipes lo mismo que á los demás hombres, después que han cometido las faltas, sólo que les llega aun más tarde, había llegado ya para el conde Herbel; y más por deber que por convicción, siguió al ejército de Condé, hasta el 1.º de Mayo de 1801, día en que se licenció aquel ejército.

#### CAPÍTULO IV.

##### EL GENERAL CONDE HERBEL DE COURTENAY.

La disolución del ejército de Condé lanzó á Alemania, á Suiza, á Italia, á España, á Portugal, á los Estados Unidos, á China, al Perú, á Kamschatska, en una palabra, á todos los puntos del globo, á millares de emigrados, que concluyeron por donde debían haber comenzado, es decir, que en vez de tomar las armas contra la Francia, pidieron á las artes, al comercio, á las ciencias y á la agricultura, medios de subsistir.

El marqués de Boisfranc, capitán de dragones del príncipe de Condé, se hizo librero en Leipzig:

El conde de Caumont la Force, encuadernador en Londres:

El marqués de Maisonfort, impresor en Brunswick:  
El barón Mounier estableció una casa de educación en Weimar.

El conde de Fraylaye se hizo maestro de dibujo:

El caballero de Payen, maestro de escribir:

El caballero de Botherel, maestro de esgrima:

El conde de Pontual, maestro de baile:

El duque de Orleans, profesor de matemáticas:

El conde de Lascazes, el caballero de Hervé, el abate de Levezac, el conde de Pomblanc, maestros de lengua francesa.

El marqués de Chavannes emprendió el comercio de carbón de piedra.

El conde de Cornullier-Lucinières encontró una plaza de jardinero.

En fin, la familia de Polignac fué á la Ucrania y la Lituania á cultivar la tierra, como hacían Dupont de Nemours en Nueva York, el conde de la Tour du Pin en las riberas de Delaware, y el marqués de Lesai Marnezia en las riberas del Sciotto.

El conde de Herbel se refugió en Inglaterra, y pensó en dedicarse como los demás á una industria que le produjese para vivir.

Sólo que el conde de Herbel, primogénito de una gran familia, propietario de una inmensa fortuna, que había sido confiscada por la nación, como bienes de emigrados, no sabía más que batirse.

Se hallaba, pues, embarazado á más no poder.

Por un momento pensó en aceptar el ofrecimiento que le hacía un capitán de dragones, de darle gratuitamente lecciones de guitarra, para que él pudiese enseñar á otros utilizándose de ello.

Pero el general, convencido de la decadencia próxima del instrumento, rehusó la oferta del capitán, y se puso á buscar con obstinación un destino á la vez más lucrativo y menos halagüeño.

Pasando una tarde á orillas del Támesis, vió un pilluelo inglés, ocupado gravemente en tallar con su cortaplumas un pedazo de madera de un pie de longitud poco más ó menos.

Detúvose, miró al pilluelo, le sonrió con benevolencia, cuando éste le miró á su vez, y poco á poco vió el trozo de madera convertirse en un casco de navío, después en la carena de un brick de diez cañones, en miniatura.

Recordó que en otro tiempo, también había tallado con su hermano segundo, marino rabioso, de quien tendremos que ocuparnos bien pronto, como padre de Petrus, hijo del Océano y de las rocas bretonas, buquecitos que se disputaban sus camaradas.

Entró en su casa, compró pino, y se puso con los instrumentos necesarios á fabricar buques de todas las naciones, desde la corbeta americana, hasta los pesados juncos chinos.

Lo que al principio había sido una diversión, se hizo luego una industria, y lo que había sido una industria, se hizo un arte.

Talla, corta, preparación para darse á la vela, pintura, mueblaje, aparejo, todo lo estudió el conde. Pronto, más bien que imitaciones hizo modelos.

Concluyó por obtener una plaza de conservador en el almirantazgo, lo que no le impedía tener en Strand un almacén, sobre el que estaban escritas con gruesas letras estas palabras:

*El general conde Herbel de Courtenay, descendiente de los emperadores de Constantinopla, tornero en madera.*

Y en efecto, se encontraban en la tienda del descendiente de Joselin III, no sólo los pequeños modelos de buques que hacían el fondo de su comercio, sino también cajas para tabaco, trompos, peones y una multitud de objetos concernientes al oficio que había adoptado.

El 26 de Abril de 1802 se proclamó la amnistía

El conde Herbel de Courtenay era filósofo; tenía su subsistencia asegurada en Inglaterra y no en Francia; se quedó pues en Inglaterra.

Allí permaneció en 1814, aun cuando los Borbones volvieron á Francia, y se felicitó de haber obrado así, cuando en 1815 los vió volver á salir.

Allí permaneció hasta 1818, y volvió entonces á Francia con un centenar de miles de francos, fruto de sus economías y de la venta de su almacén.

Más tarde le tocó al conde Herbel de Courtenay su parte de indemnización, un millón y doscientas mil libras.

Formóse una renta de sesenta mil libras, y una vez vuelto á ser rico, le encontraron sus conciudadanos digno de representarles, y le enviaron en 1826 á la Cámara de los Diputados.

Sentóse en el centro izquierdo.

Representaba allí una oposición entre Lameth y Martignac.

Allí es donde vamos á encontrarle en 1827 en el momento en que Mr. de Peyronnet acaba de presentar, sobre la prensa, aquel proyecto de ley que, según la expresión de Casimiro Perier, no tenía otro objeto que suprimir enteramente la imprenta.

La discusión se había abierto al principio de Febrero; cuarenta y cuatro diputados se habían inscrito para combatir la ley, y treinta y uno para defenderla.

Digamos que casi todos los que iban á defender la ley, pertenecían al partido religioso, mientras que los que debían combatirla eran á la vez diputados de la antigua izquierda, y miembros de la derecha, que aunque adversarios encarnizados, se habían reunido en una oposición común al partido clerical y á los señores Villelé y Peyronnet.

Entre los que contribuían con todos sus esfuerzos á la caída próxima del ministerio, era el conde de Herbel, que enemigo encarnizado á la vez de los republicanos y los jesuitas, no odiaba más que dos cosas en el mundo: los jacobinos y los sacerdotes.

Perteneciendo como Lafayette y Mounier á lo que se llamaba en 1789 el partido constitucional, comenzaba á comprender las ventajas del gobierno parlamentario; como Mr. de Labourdonaye, colocaba la felicidad de la Francia en la alianza de la Carta y la legitimidad; y los miraba como tan inseparables el uno del otro, que no quería Carta sin legitimidad, ni legitimidad sin Carta.

La nueva ley contra la prensa, parecíale al general Herbel violenta y absurda, y le había parecido dirigida, más bien contra la libertad, que contra la licencia; había saltado también al oír decir á Mr. Sallabery, que había entablado la discusión, que la imprenta era la única plaga con que Moisés se había olvidado de afligir á Egipto; y había sido preciso provocar á Mr. de Peyronnet, que contra su costumbre se había echado á reír con el equívoco del honorable diputado.

En fin, el general Herbel, que se llamaba por su nombre de familia Santiago de Courtenay, es decir, que llevaba uno de los nombres más antiguos y más ilustres de Francia, sin exceptuar el del rey; el general, á pesar de

ser por su nobleza, por sus instintos y por su educación del arrabal de San Germán, pertenecía por su espíritu escéptico y burlón á la escuela volteriana; por su carácter ardiente y despótico, al sistema imperial, y por decirlo así, á la escuela moderna por sus opiniones exentas de preocupaciones.

Hemos dicho que sólo dos sectas tenían el privilegio de enfurecerle:

Los jesuitas y los jacobinos.

Era el general Herbel un singular compuesto de oposiciones.

¿Queréis seguirme y entrar conmigo en su casa? Le estudiaremos á placer. Va á desempeñar en nuestro drama, si no un primer papel, al menos un papel importante; y nunca nos parecerá demasiado el cuidado que empleemos en hacer de él un retrato parecido.

Era, como hemos dicho, lunes de Carnaval; el general, que había salido de la Cámara á las cuatro, acababa de entrar en su casa, calle de Varennes.

Estaba tendido sobre un confidente y leía en un libro en cuarto, con bordes dorados y encuadernado con tafíete encarnado.

Su frente estaba pensativa, sea que la lectura le agitase, sea que su preocupación fuese anterior á su lectura, y que ésta no pudiera distraerle.

Alargó el brazo hacia una mesita, buscando á tientas, sin dejar de leer, encontró una campanilla bajo la mano, y llamó.

Al ruido del túbme pareció volver á serenarse su frente; una sonrisa de satisfacción vagó por sus labios; cerró su libro, conservando el dedo pulgar en el sitio por donde estaba abierto, levantó los ojos al cielo raso, é hizo en alta

voz y hablando consigo mismo las siguientes reflexiones:

— Decididamente, Virgilio es el primer poeta del mundo después de Homero. Uf.

Y como nadie había allí que pudiera contradecirle, continuó:

— Cuanto más leo sus versos, más armoniosos los encuentro.

Y midiéndoles con un suave movimiento de cabeza, recitó de memoria una docena de versos de las *Bucólicas*.

Después de esto, que se me venga á hablar de los Lamartine y de los Hugo; ¡soñadores metafísicos son todos esos!

Y el general se encogió de hombros.

La soledad en que se encontraba, á pesar del campanillazo que acababa de dar, haciendo que nadie estuviese allí para contradecirle, hizo que continuase.

— Por lo demás, lo que me encanta en los antiguos es sin duda ese aire de perfecto reposo, esa profunda serenidad de alma que reina en sus escritos.

Detúvose algunos segundos después de esta juiciosa reflexión, y sus cejas se frunciéron de nuevo.

Llamó por segunda vez.

Su frente, después de haber llamado, recobró su primera serenidad.

El resultado de esta serenidad fué volver á emprender su monólogo.

— Casi todos los poetas, oradores y filósofos de la antigüedad, vivían en la soledad, dijo; Cicerón en Tusculum, Horacio en Tibur, Séneca en Pompeya, y esas tintas dulces que encantan en sus libros, son como el reflejo de sus meditaciones y de su aislamiento.

En aquel momento frunciéronse por tercera vez las cejas

del general, y por tercera vez llamó; pero esta vez con tal encarnizamiento, que desprendiéndose el badajo de la campanilla, fué á dar contra la luna de un espejo, que hizo pedazos.

— ¡Frantz, Frantz! vendrás, ¡miserable galopin! gritó el general con una especie de rabia.

Á aquel enérgico llamamiento se presentó un criado, cuya facha recordaba á esos soldados austriacos, cinchados por medio del cuerpo, por la cintura de su pantalón perfectamente hecho; llevaba una especie de cruz en una cinta amarilla, y galones de cabo.

Además, había otra razón para que Frantz se asemejase á un soldado austriaco, y es que era de Viena, capital de Austria.

Á su entrada tomó la actitud militar; las piernas unidas, la punta de los pies hacia afuera, el dedo meñique de la mano izquierda en la costura del pantalón, la mano derecha abierta á la altura de la frente.

— ¡Ah! ¿eres tú al cabo, galopin? dijo el conde furioso.

— Ser yo, sí, mi cheneral, presente.

— Sí, presente, me gusta la gracia; presente, después que te he llamado tres veces, malvado.

— Yo no haber oído más que la secunda, mi cheneral.

— ¡Imbécil! dijo el general riendo á su pesar de la sencillez de su asistente. ¿Y la comida, dónde está?

— ¿La comita, mi cheneral?

— Sí, la comida.

Frantz meneó la cabeza.

— ¡Cómo! ¿quieres decir que no hay hoy comida, ganso?

— Sí, mi cheneral, hay una comita, pero no para esta hora.

- ¿No para esta hora?
- No.
- ¿Pues qué hora es?
- Las cinco y cuarto, mi cheneral.
- ¿Cómo las cinco y cuarto?
- Las cinco y cuarto, repitió Frantz.
- El general sacó su reloj del bolsillo.
- Á fe mía, es verdad, dijo; ¡qué humillación para mí, que ese ganso tenga razón!
- Frantz sonrió con satisfacción.
- ¿Creo que te has permitido sonreírte, bribón? dijo el conde.
- Frantz hizo seña de que sí.
- ¿Y por qué te has sonreído?
- Porque sabía mejor la hora que mi cheneral.
- El general se encogió de hombros.
- Vamos, vete, y que á las seis en punto esté la comida sobre la mesa.
- Y volvió á emprender la lectura de Virgilio.
- Dió Frantz tres pasos hacia la puerta; en seguida, volviendo en sí de repente, dió media vuelta sobre sus talones, volvió á andar los tres pasos perdidos, y se volvió á encontrar en el mismo sitio y en la misma postura que estaba un momento antes.
- El general sintió, más bien que vió, el cuerpo opaco que le interceptaba, no el sol, sino la sombra.
- Levantó los ojos desde la punta del zapato de Frantz á la extremidad de sus dedos.
- Frantz estaba inmóvil como un soldado de madera.
- ¿Qué hay? preguntó el general, ¿quién está ahí?
- Ser yo, mi cheneral.
- ¿No te había dicho que te fueses?

- Mi cheneral lo haper dicho, es fertat.
- Entonces, ¿por qué no has marchado?
- He marchato.
- Bien ves que no, puesto que estás ahí.
- Es que haper fuelto.
- ¿Y por qué has vuelto? preguntó.
- Haper fuelto yo, porque haper allá una persona que querer haplar al cheneral.
- ¡Frantz! exclamó el conde frunciendo las cejas con más fuerza que hasta entonces; te he dicho cien veces, desgraciado, que al salir de la Cámara deseaba leer buenos libros para olvidar los malos discursos; ó en otros términos, que no quiero recibir á nadie.
- Mi cheneral, dijo Frantz guiñando el ojo, es una tama.
- ¿Una dama?
- Sí, mi cheneral, una tama.
- Pues bien, ganso, aun cuando fuese un obispo, que no estoy.
- Es que yo haper ticho que estapais, mi cheneral.
- ¿Has dicho eso?
- Sí, mi cheneral.
- ¿Y á quién se lo has dicho?
- Á la tama.
- ¿Y quién es la dama?
- La marquesa de la Tournelle.
- Mil millones de truenos, exclamó el general dando un brinco sobre su confidente.
- Frantz saltó á pies juntos hacia atrás, y se encontró á medio metro más lejos en la misma postura.
- ¿Así que, le has dicho que estaba? exclamó el general furioso.

— Sí, mi cheneral.

— Pues bien, escucha, Frantz, vas á quitarte tu cruz y tus galones, los guardarás cuidadosamente en tu cofre, y no los llevarás en seis semanas.

Trastornóse el aspecto del viejo soldado de un modo, que indicaba la tempestad espantosa que se elevaba en su alma. Agitóse su bigote en todos sentidos, brilló una lágrima en sus ojos, y se vió obligado á hacer un esfuerzo sobrehumano para no estornudar.

— ¡ Ah ! mi cheneral, murmuró.

— Está dicho ; y ahora, haz que entre esa dama.

## CAPÍTULO V.

### CONVERSACIÓN DE UNA DEVOTA CON UN VOLTERIANO.

Abrió Frantz la puerta é hizo entrar á la vieja é impertinente persona que hemos visto servir de dueña á Regina, en la visita de ésta á Petrus, para pedirle que le hiciese su retrato.

El general poseía en el más alto grado esa cualidad suprema de la aristocracia, que el pueblo ha designado con el refrán vulgar : *hacer de tripas corazón*. Nadie sabía sonreír mejor, no á un enemigo, con los hombres era el general franco hasta la brutalidad, sino á una enemiga ; porque con las mujeres de cualquiera edad, era el general cortés hasta el disimulo.

Levantóse, pues, á la entrada de la marquesa, y con cierta torpeza en la pierna izquierda, atribuida por él á una antigua herida, y por su médico á un ataque reciente de gota, se adelantó hacia ella, le ofreció galantemente la mano y la condujo al confidente que él acaba de dejar,

acercó un sillón á éste, y se sentó en él.

— ¿ Cómo, marquesa, le preguntó, vos en persona me hacéis el honor de visitarme ?

— Y podéis verme sorprendida de ello, mi querido general, dijo la anciana señora bajando púdicamente los ojos.

— ¿ Sorprendida, marquesa ? permitidme deciros, que por vuestra parte, la palabra es muy amable. ¡ Sorprendida ! ¿ Y qué puede sorprenderos aquí, marquesa ?

— General, no deis á las palabras que os digo aquí, y en este momento, toda la importancia que pudieran tener en otra hora y en otro lugar. Tengo que pedir os un servicio tan grande, que estoy llena de confusión.

— Os escucho, marquesa ; sabéis que soy todo vuestro. Os escucho, hablad. ¿ De qué se trata ?

— Si el proverbio : *lejos de vista, lejos de corazón* no fuese una verdad desconsoladora, dijo coquetamente la marquesa, me evitaríais la pena de ir más lejos, adivinando el servicio que vengo á pedir os.

— Marquesa, ese proverbio es falso, como todos los que pudieran perjudicarme en vuestro ánimo ; porque aun cuando me haya visto privado del placer de ver os desde nuestra última disputa respecto al conde Rappt...

— Á propósito de nuestra...

— Á propósito del conde Rappt, interrumpió vivamente el general, y hace cerca de tres meses que la disputa tuvo lugar, y no he olvidado que era el día de vuestro aniversario, y acabo de enviaros mi cumplido ; le encontraréis al volver á vuestra casa. Es el cuadragésimo que habéis recibido de mí.

— El cuarenta y uno, general.

— El cuarenta ; me atengo á mis fechas, marquesa.

— Veamos, recapitulemos.

- ¡ Oh ! todo lo que queráis.
- En 1787 nació el conde Rappt.
- Perdonad, fué 1783.
- ¿ Estáis seguro de ello ?
- ¡ Pardiez ! mi primer ramillete data del año de su nacimiento.
- Del año anterior, mi general.
- No, no, no, no.
- En fin.
- ¡ Oh ! no hay en fin que valga, es así.
- Sea ; por otra parte, no vengo á hablaros de ese desgraciado niño.
- ¡ Desgraciado niño ! por lo pronto, ya no es un niño ; un hombre de cuarenta y un años, ya no es un niño.
- El conde Rappt no tiene más que cuarenta años.
- ¡ Cuarenta y uno ! sostengo la cifra. Luego, no me parece tan desgraciado. Por lo pronto, le dais como veinticinco mil libras de renta.
- Debería tener cincuenta, si su padre no tuviera el corazón duro como una roca.
- No conozco á su padre, marquesa, no puedo por lo tanto responderos á eso.
- ¡ No conocéis á su padre ! dijo la marquesa con el mismo tono con que Hermione dice :
- ¡ No te he amado, truel ! ¿ pues qué es lo que hice ?
- No nos embrollemos, marquesa ; decíais, hablando del conde Rappt, que era desgraciado, y yo os decía que no. Por lo pronto, veinticinco mil libras de renta que le proporcionáis...
- ¡ Oh ! no debía tener veinticinco mil libras de renta, sino...

- Cincuenta, ya lo habéis dicho ; pues veinticinco mil libras de renta que le dais, su empleo de coronel catorce mil francos, su cruz de comendador de la Legión de honor dos mil cuatrocientos, con eso, disputado, en posición, según se asegura, por vuestra influencia con vuestro hermano, de hacer un matrimonio de dos ó tres millones con una de las más bellas herederas de París ; me parece, por el contrario, que ese desgraciado niño es feliz como un bastardo.
- ¡ Oh ! general, puf.
- ¿ Qué hay ? es un proverbio, vos usáis bastantes, ¿ por qué me habéis de privar á mi de usarlos ?
- Habéis dicho en este instante mismo, que todos los proverbios eran falsos.
- No he hablado más que de los que podían perjudicarme en vuestro ánimo. Pero me parece que divagamos, marquesa, y que habíais venido, decíais, para pedirme un favor ; veamos, marquesa, ¿ qué es ello ?
- ¡ No presumís algo ?
- No, palabra de honor.
- Buscad bien, general.
- Estev mortificado de buscar, marquesa, pero nada saco en limpio.
- Pues bien, general, vengo á invitaros para mi baile de mañana.
- ¿ Dais un baile ?
- Sí.
- ¿ En vuestra casa ?
- No, en casa de mi hermano.
- Es decir, que vuestro hermano da un baile.
- Siempre es lo mismo.
- No tal, en cuanto á mí al menos ; no he envia-